

PRESENTACIÓN CARTEL OFICIAL SEMANA SANTA 2010.

Excmo. Sr. Alcalde de Granada, Presidente de la Real Federación de Hermandades y Cofradías de la Semana Santa de Granada, Rvdo, Consiliario de la Federación, autoridades, hermanos de las distintas hermandades de Granada, señoras y señores:

Mi agradecimiento a María José García Escobar, Secretaria General de la Federación por mi presentación, fruto sin duda de su consideración y afecto.

He tenido el honor de ser designado para presentar el cartel de la Semana Santa de Granada 2010. Cartel, por propia definición, es una representación gráfica que comunica algo a quienes lo ven, y anuncia un acto artístico, una celebración o cualquier otro acontecimiento. El cartel, en general, ha evolucionado con el tiempo a que sea una manifestación artística, comercial cuando su objeto es el comercio, por el que se trata de interesar a las personas que lo visionan en aquello que participa. Los autores de carteles saben muy bien que hay dos formas de afrontar su obra. Una de ellas es introducir en el cartel un mix de imágenes y leyendas que, en su conjunto, despierten la atención por lo que se comunica y resulte atractivo para los interesados. La otra, destacar una sola imagen o leyenda, cuya expresividad sea suficiente para atraer la atención y hacer llegar el mensaje de que se trata. En cualquier caso hablamos de una expresión artística y cuyo anuncio va, de lo indeterminado, hasta lo más concreto.

Evidentemente anuncia, si nos referimos ya a esta concreta presentación, la Semana Santa. Pero celebraciones de Semana Santa hay muchas en España. El segundo paso, pues, es concretar que se trata de la Semana Santa de Granada. Cada Semana Santa tiene sus peculiaridades, su personalidad y su especificidad. En España gozamos de celebraciones de Semana Santa muy hermosas y en las que se procesionan imágenes de bella factura. Semanas santas de bullicio, olor a azahar y con mucha exteriorización de su emotividad, como las andaluzas, y semanas santas silenciosas y austeras como las de muchos lugares de Castilla. Pero este cartel que hoy se presenta determina que hablamos de la Semana Santa de Granada. Que no es que no tenga algo específico y su propia personalidad, como todas, que por supuesto lo tiene, sino que además es y posee forzosamente una distinta naturaleza. Porque ninguna Semana Santa puede ofrecer la emoción de palios que suben de madrugada por el Albaicín, con la Alambra iluminada al fondo; o una procesión de nuestro Padre Jesús de la Sentencia y Nuestra Señora de las Maravillas por la carrera del Darro, con la Alhambra como un segundo y definitivo palio, entre los rumores del agua del río, escenario compartido días después por La Concha, que durante años procesionó la imagen de mi querido Cristo de las Heras. O la marcha por la calle de San Juan de los Reyes de de la Hermandad del Santo Vía crucis. O el Cristo

del Consuelo, al iniciar la subida de las Siete Cuestas, después de dejar atrás las hogueras del Sacromonte, visibles desde la altura de la Silla del Moro y el Parque de Invierno. O la salida procesional de Nuestra Señora de la Soledad y Descendimiento del Señor, de una iglesia sobrecogedora por su belleza, como es el Monasterio de San Jerónimo; por no mencionar el dramático paso del Cristo de San Agustín de Jacobo Florentino, acompañado por música de capilla; o la emoción del toque de clarín de las tres de la tarde en el Cristo de los Favores; o el Santo Sepulcro y Nuestra Señora de la Soledad del Calvario, que tiene su sede en la coqueta y sin igual iglesia de Santa Ana, en la que conviven el estilo mudéjar de su original torre, con el sobrio estilo renacentista de su fachada. No hay otra Semana Santa con Santa María de la Alhambra que, desde los alcázares árabes, baja a la ciudad y sube nuevamente a la altura, entre el sudor de sus costaleros, como si de una nueva Asunción se tratara.

Pero no es mi intención remedar el pregón de Semana Santa que ya tiene sus magníficos pregoneros año a año y el de este no es precisamente una excepción. Aunque tampoco podemos olvidarnos de lo que el cartel evoca: de esas sensaciones que inevitablemente un cartel de la Semana Santa de Granada crea de forma inmediata en nuestra mente y que recrea ese reabrir de la primavera granadina, con brotes verdes en los árboles, con celindas, varitas de San José y jilgueros y canarios en los altares de los conventos albaicineros, en el monumento del jueves y viernes santo; con olores de cera e incienso y el sonido de las marchas procesionales, las voces de los capataces de los pasos y la brisa fresca que corta de madrugada el sudor del costalero que sale de debajo de la trabajadera.

El segundo determinante del cartel que presentamos es que hablamos de la Semana Santa, de Granada y del año 2010. Año que, y así hemos de señalarlo con orgullo, ostenta por primera vez, como puede verse en el cartel, la designación de Semana Santa de Interés Turístico Internacional, título que otorga, a quien escrupulosamente cumpla ciertos exigentes requisitos, la Secretaría de Estado de Turismo del Ministerio de Industria, Turismo y Comercio. El título era una vieja aspiración de nuestros ediles Sebastián Pérez y José María Guadalupe, pero que, con la ayuda de la Junta de Andalucía y del propio Gobierno de España, ha conseguido, justo es decirlo aquí, el trabajo y la tenacidad que en ello ha empeñado la edil del Ayuntamiento de Granada Mari Fran Carazo, a quien las hermandades y la propia Granada le deben sentido agradecimiento.

Decíamos que hay dos formas de presentar un cartel: el mix o la imagen sencilla que por su expresividad representa todo aquello que se anuncia. Y para el año 2010 se ha optado por esa segunda senda. Y a fe mía que de forma muy acertada. Para ello se ha optado por reproducir la obra pictórica de la que es autor José Antonio Rodríguez Ruiz. Obra hecha con pintura de pastel, técnica muy específica que no todos los pintores dominan, y que ya en siglo XVIII se usó preferentemente para el retrato y la pintura de figura, lo que supone un acierto en el caso que nos ocupa. Frente a lo que es común en otras muchas ocasiones, no se trata

de una obra realizada para ser cartel, sino de un cartel que recoge un cuadro, cuyo fin primero no fue otro que la propia realización de la obra pictórica por la inspiración, y podríamos decir también que la obsesión, de su autor. Porque José Antonio Rodríguez hace ya años que tenía una imagen en su mente a la que algún día tendría que darle salida. Esa obsesión no era otra que el rostro y la llaga del costado del Cristo de la Misericordia de José de Mora. Y hace un par de años se puso manos, qué importantes las manos y la imaginación y el sentido artístico, a la obra. Cualquiera que no conozca la Semana Santa, ni siquiera la imagen que representa el cuadro, sabrá que se trata de un crucificado, aunque en esta obra artística no se incorpora la cruz. En aras de la simplicidad y la expresividad se han eliminado otros posibles componentes que no sean el rostro y la llaga del pecho. Pero todo se imagina y se integra en la impresión que recibe quien contempla la obra. Pero si no hay cruz, ni siquiera en lejano escorzo, ni cirios, ni nada que nos disturbe la contemplación del rostro de Cristo, ¿cómo resolver todo el espacio del cuadro? Y ello se ha logrado con gran habilidad con unos colores difuminados, sin caer en la tentación de nubes o cielos borrascosos, que distraen la atención, como en otras reproducciones del crucificado, para destacar aquello que José Antonio tenía preconcebido antes de comenzar la obra: el rostro de Cristo, la llaga sangrante de su pecho.

Lástima que, en el proceso de reproducción fotográfica e impresión de la cartelería, se haya perdido el color original del cuerpo del Crucificado, que ha pasado de ese color acerado de la piel, de una persona que acaba de expirar, a una tonalidad mas cálida y rojiza, que la aleja de la que presenta la propia imagen de José de Mora. Porque como puede verse, el rostro y parte del torso que ha llevado a su cuadro José Antonio Rodríguez Ruiz, en una versión que, no por ser extremadamente figurativa, está exenta de la expresividad y pasión artística de su autor, corresponde a la genial obra escultórica de José de Mora. Y es acertado llevar esta imagen, a través de la obra pictórica de Rodríguez Ruiz, al cartel que presentamos, porque como dice Tito Ortiz en su Guía práctica y artística de la Semana Santa granadina, “el autor de mayor impacto de la imaginería granadina que se procesiona en la actualidad es, sin duda, José de Mora”.

José de Mora, aunque nacido en Mallorca, es una artista granadino que desarrolló su obra, y también su vida, salvo su paréntesis madrileño, entre Baza y la propia ciudad de Granada. Y a él corresponde la grandeza de esculpir, en la Casa de los Mascarones, en 1695 y por encargo de los Clérigos Menores de San Francisco Caracciolo, para la iglesia de San Gregorio Bético, esa impactante imagen del Cristo de la Misericordia que nació albaicinera y se ha conservado albaicinera, en la iglesia de San José, con su viejo y bello alminar. José de Mora, sobre todo pintor, esculpe con maestría. José de Mora, hombre ya de la época barroca, es una clasicista adornado de saberes teológicos, pictóricos, de arquitectura y, como podemos apreciar en la imagen del Cristo de la Misericordia, gran escultor, creador de toda una escuela de la imaginería granadina. Pero no es mi objetivo dar una lección de arte, para lo que no tengo ni la necesaria competencia, ni me parece debe ser el contenido de esta presentación.

Doctores tiene la cuestión y ya Gallego Burín en 1925, en su monografía “José de Mora, su vida y obra”, realiza un estudio que merece mas interés que el que yo ahora pueda despertar sobre este asunto.

Me resulta sugestivo destacar las distintas advocaciones que ha asumido el culto de esta imagen a través del tiempo: Cristo de la Salvación, Cristo de la Expiración, Cristo de la Misericordia, Cristo del Silencio. Porque ello, como ninguna otra cosa, nos puede dar idea de cómo la ha visto la devoción de sus fieles. Efectivamente es Cristo de la Expiración, porque representa a Jesús recientemente fallecido, tristemente crucificado por nosotros, por lo que es Cristo de Salvación y Misericordia. Es Cristo del Silencio, porque ante su patética imagen solo cabe responder con la contemplación de todo un hombre, que es Dios, hecho misericordia por todos nosotros. Así lo ha visto el pueblo cristiano. Así lo han visto a través de generaciones sus devotos.

Así lo han visto y lo ven, año a año, todos aquellos que lo acompañan el miércoles santo a la iglesia de San Pedro, bien sea en la magnífica réplica que procesiona la Hermandad, desde el templo de San Nicolás o, recientemente, desde el de San José, por la imposibilidad de hacerlo desde el que da nombre al famoso y tan visitado mirador albaicinerero. Mirador de San Nicolás del que Granada y todas sus autoridades están tan orgullosos, pero junto al que dejan arruinar lo que queda de este maravilloso templo, tradicionalmente condenado a estar cerca de su destrucción y, en la actualidad, objeto de lamentable dejación por parte de nuestra Administración cultural, en cuanto a la necesaria conservación de tan preciado bien.

Descenso, digo, respetuoso y serio, como corresponde a la Hermandad, que recuerda, por las tortuosas callejas albaicineras y por la carrera orillada al río Darro, el seguimiento de las antiguas comitivas fúnebres, que seguían con la misma gravedad el cadáver recién fallecido de alguien muy querido. En cuanto a la impresión que causa ver esta talla, no me resisto a dejar de contar una anécdota de hace ya bastantes años, que refleja la impresión que causó la imagen tendida del crucificado, en los ojos vírgenes de unos niños que jugaban en la Carrera, cuando se toparon con la comitiva que llevaba la imagen a San Pedro. Llegaron inmediatamente junto a su madre y le dijeron, con una seriedad impropia de la edad, que Jesús había muerto. La madre, conocedora de los tiempos litúrgicos, corrigió rápidamente a sus hijos afirmando que Jesús no moría hasta el Viernes Santo, a lo que uno de sus hijos replicó: pues mamá, si no ha muerto, al menos nosotros lo hemos visto muy, muy malito.

Y es que resulta impresionante a cualesquiera ojos la imagen de José de Mora. Esa esbelta y varonil efigie que en profundo silencio, acompañada de un redoble de tambor con sordina, y con una discreta iluminación al cuerpo de Jesús, en medio de la oscuridad que se hace en la calle, sale de mi querida iglesia de San Pedro a las doce de la noche, ya madrugada del Viernes Santo. Mientras, Plaza Nueva es un hervidero de gentes de Granada, de otros distintos lugares de España y de visitantes más lejanos. Unos esperan al Cristo con devoción, otros con emoción, quizá otros solo como un entretenimiento de fascinante belleza.

Unos son creyentes, otros probablemente no lo sean. Y a esa mucha gente corresponde mucho bullicio y el eco de muchas conversaciones de los grupos y familias que quieren encontrar el lugar adecuado para ver acceder el Cristo del Silencio desde la carrera de Darro, cuando ya se hace imposible por la enorme concurrencia acumulada.

Y se hace la oscuridad. Y cuando la luz que ilumina únicamente el rostro de la imagen se adivina ya desde la misma Plaza Nueva, todas las bocas quedan en silencio. Y si alguna no lo hace padece el siseo de quienes se encuentran cercanos. Y toda la inmensa multitud calla. Y los ojos se muestran impresionados por esa imagen que lentamente se introduce en la plaza, acompañada por los hachones de hermanos enlutados. Y entonces, como siempre, es el Cristo del Silencio. De ese silencio con el que los humanos solemos acompañar el último suspiro de un familiar querido. Es el silencio de la contemplación, pues nos faltan las palabras que fueran capaces de reflejar nuestros más profundos sentimientos.

¿Pero qué contemplamos en ese silencio?, ¿una bella imagen?, ¿la figura de un cadáver?, ¿de un ajusticiado con la muerte inicua de la cruz?. Yo contemplo en el silencio la imagen de Dios hecho hombre, muerto tras indecibles padecimientos a causa de su misericordia. Misericordia para con todos los hombres. Misericordia y redención de tantas iniquidades y sufrimientos. Misericordia para aquellos que padecen las consecuencias de los desastres naturales, como el de Puerto Príncipe en Haití. Misericordia por tantos enfermos que sufren la soledad y la tristeza; misericordia por tantos pacientes mentales y sus familias; misericordia por todos aquellos niños que padecen y mueren de hambre mientras otros derrochamos nuestros alimentos; misericordia por los niños y niñas prostituidos en no pocos países; misericordia por tantos hijos destruidos antes de alumbrarse a la vida; misericordia por las familias en paro, cuyos padres y madres lloran a escondidas la incertidumbre de poder alimentar a sus hijos; misericordia por todos aquellos que mueren víctimas de guerras absurdas y sin sentido; misericordia por quienes padecen el terror o la tortura; por aquellas mujeres que mueren o son maltratadas por quienes dicen que las quieren... Pero también misericordia por quienes infligen esos mismos sufrimientos. Todo está asumido en esa cruz que se habrá de convertir en esa Resurrección que ya se adivina en el rostro del Cristo de la Expiración, con sede en la parroquia de San José de Calasanz, en esa inspirada conjunción de crucifixión y resurrección que supo imprimirle a la imagen Domingo Sánchez Mesa, esa Resurrección que celebramos y procesionamos el último domingo de la Semana Santa y que con propiedad llamamos de gloria. Y en el silencio, en la silenciosa contemplación, pienso que ese sufrimiento que no entiendo, por mas explicaciones teológicas que se aventuren, tiene que poseer un profundo sentido cuando ha sido padecido por el mismo Hijo de Dios.

Porque eso y no otro es lo que sugiere el silencio que brota de la imagen del Cristo de la Misericordia de José de Mora, esa imagen cuyo rostro y llaga sangrante se reproduce en la obra pictórica de José Antonio

Rodríguez y que a su vez recoge el cartel de la Semana Santa de Granada que ahora presentamos:

La Palabra, con los brazos abiertos,
en silencio aceptaba su agonía.
La palabra hecha carne, que moría,
un grito solo de sus labios yertos.

Silencio ya del mundo de los muertos,
muro de piedra con la algarabía
de la liturgia tétrica que había
de terminar de oscuridad cubiertos.

El dolor del silencio, acumulado
al dolor del silencio padecido.
En silencio interior, abandonado,

te dirigiste al Padre en un gemido.
El Verbo sin palabras inmolado
y en la terrible soledad perdido.

José Morenodávila Hernández.-

Granada, 17 de enero de 2010